

# El Maestro Don Gabriel Morales

(1819-1888)

DESIDERIO FAJARDO ORTIZ

## INTRODUCCION

I

Demos tregua, aunque corta, al incesante luchar, y detengámonos respetuosamente ante la tumba, ha poco cerrada, del MAESTRO querido que partió ya para el eterno destierro

La muerte, el gran médico, le libertó para siempre de esa enfermedad siniestra, cuyo nombre es *la vida*. Envidiemos su reposo!

Ya el apetito del misterio no turba su inteligencia, ya la verdad, sin nubes ni oscuridades, brilla ante sus ojos, ya las causas oscuras de la existencia se revelan a su alma como una Isis sin velo, ya la ironía del azar no juega con su destino, ya no suspira aplastado por el ardor inmenso de su miserable individualidad, ya la suerte no le estrecha entre sus manos de bronce, ya *ha pasado del sueño breve de la vida, al sueño eterno de la inmortalidad*

Ah! la vida es un veneno lento que termina por la muerte

Cada hombre lleva en sí un cuadro sinóptico de todos los sufrimientos humanos. La frase de San Agustín es siniestramente verdadera: *el género humano es un gran enfermo*

Cada uno de nosotros es un triste candidato a la miseria universal, en esta vida tan corta y, sin embargo, tan larga!

El tiempo, arrastrando pesadamente sus sandalias de plomo, arroja en la urna sin fondo de la eternidad, esas horas lentas, tenaces, que riman monótonamente la existencia humana. Horas sombrías! Todas hieren, la última, mata! Es la clemente!

II

Abordemos cuanto antes el trabajo que el más noble sentimiento nos impone, el sentimiento de la gratitud. Trabajo difícilísimo, pero, por lo mismo, meritorio. Exigencias premiosas de un deber que nos *abruma, pero que al fin es un deber* hay que atenderlo

Biografiar la vida de uno de esos hombres a quienes la humanidad apellida genios, cualquiera que sea la magnitud colosal de su figura, tenemos para nosotros que es empresa mucho más sencilla, que esta que acometemos ahora vacilantes e indecisos. En aquel caso todo está pronto, todo está dispuesto, todo está visible, ni el rasgo del espíritu, ni el pliegue del vestido, nada ha escapado a la observación atenta, no hay que escudriñar la estatua que se muestra sin reservas bañada en haces de luz, el molde, que existe de

antemano, está listo y preparado. Basta con arrojar en sus entrañas sin vida la dúctil arcilla de la encarnación, y el trabajo, bueno o malo ha terminado. No así cuando la vida modesta del hombre que queremos bosquejar trascurre en la oscuridad tranquila, que es la única atmósfera pura para la salud de los humildes, cuando hay que *zabullir a la ventura en el mar profundísimo de una existencia casi ignorada, para sacar a luz, una a una, las perlas brillantes de meritorias acciones, cuando el modelo, renuente, se oculta a nuestras miradas, cuando hay que ir apartando sombras para llegar hasta él, y una vez en su presencia, hay que rasgar a viva fuerza y girón a girón el manto del pudor en que se envuelve*.

Entonces, es natural, la dificultad sube de punto. Y en este caso precisamente nos encontramos nosotros, al pretender biografiar la vida asaz humilde, y cuanto más humilde más meritoria, del querido *maestro Gabriel Morales*

Pero no es valla que detenga el ímpetu de nuestro entusiasmo, ni escudo donde se quiebra nuestra voluntad, el inconveniente que señalamos. Tampoco entra en nuestro propósito, —y es de deducirse así—, el reseñar punto por punto el curso de una existencia que, para aquel que la conoció de cerca, cualquier pintura, por exacta y minuciosa que fuese, habría de parecer descolorida, pálida, insuficiente. Emociones hay que no pueden reflejarse más que en el fondo del alma. Para los que fuesen capaces de conservar aún esas dulces emociones de los días que pasaron, no escribimos estas líneas. Ellos saben a conciencia lo que fue y lo que valió el hombre humilde cuyo nombre pronunciamos todos con religioso respeto. Comprendemos la ansiedad con que serán leídas estas páginas adivinamos el confuso atropellamiento de los recuerdos que ellas habrán de despertar en las memorias aletargadas por el sopor de los años, las lágrimas de gratitud que asomarán a los ojos. y con esta favorable disposición de los ánimos contamos nosotros anticipadamente, para que supla el sentimiento profundo cuanto calle, por inadvertencia, el deficiente relato

Hagamos justicia al mérito. Entre el ruido inmenso contemporáneo, donde se aplaude y se sublima todo, es deber del cronista, del historiador, del poeta, destacar en una atmósfera más pura que la que nos envuelve, esas figuras que, como la del *maestro Gabriel Morales*, fueron hechas para alzarse sobre el gárrulo y obscuro jarambo de esos hombrecillos ridículamente subidos sobre los zancos burlescos del *reclamo*. Rindamos, pues, nuestro homenaje a la memoria del hombre cu-

ya imagen ha quedado grabada en nuestro pensamiento con rasgos profundos, "como los que los escultores trazan sobre el marfil con un punzón enrojecido al fuego"

La generación que piensa y medita hoy, todo se lo debe a él. La generación que se levanta, puede que encuentre mañana algo que aprender en estas líneas, cuando lea en el polvo de los archivos la historia de nuestros días, a la manera que el geólogo lee sobre las capas de la tierra en la noche de los tiempos, y el arqueólogo, sobre los capiteles derruidos, el orden de su construcción.

Recordemos a los buenos que hemos visto caer con el fragor de la lucha, y formemos con su recuerdo la historia viva de que surgirá nuestra futura grandeza, la tradición a donde irá a llamar, para templarse, nuestro espíritu.

Si Nicaragua ha de ser digna de cuantos la han servido con entusiasmo y desinterés, dé a la tradición hermosa el culto que todos los pueblos dan a la suya. Apoyada en ella podrá mirar serena al porvenir. Un pueblo que descuida su tradición, es como un árbol que envenena sus raíces.

## RASGOS BIOGRAFICOS

Nació don *Gabriel Morales* en la ciudad de Managua, el 18 de Marzo de 1819 y murió el 10 de Agosto de 1888.

Parodiando a un eximio escritor colombiano, podríamos decir nosotros entre estas dos fechas no hubo más que trabajo, abnegación y virtud.

Don *Ildefonso Morales* y *doña Gertrudis Largaespada* fueron sus padres tiernos y amorosos, sintieron latir de júbilo sus corazones, en presencia de aquel nuevo fruto de su amor, sin detenerse a pensar en las escaseces que acaso venía a aumentar, pobres, humildes y desprendidos, le dieron al hijo querido cuanto tenían: humildad, honradez y rectitud.

Con el corazón repleto de este legado paterno, hizo el niño su entrada oscura y silenciosa en el mundo. El tiempo pasaba, y en su pobre hogar no aparecía nadie que fuese capaz de adivinar lo que el niño prometía para un porvenir cercano. La afabilidad de su carácter, el cariño intenso para sus padres y hermanos, todas esas primeras manifestaciones del hombre que conocimos después, causaban desde muy temprano el encanto y la alegría de aquellas humildes gentes. No era el niño travieso y bullicioso: había en él salpicaduras de una precoz madurez. Y no era extraño nació y creció en uno de esos hogares, albergues de la escasez, en donde el reloj del tiempo va tres veces más aprisa que en esos otros recintos donde vive a sus anchas la holgada comodidad.

Accediendo a los deseos del niño, uno tras otro día manifestados con insistencia, y ya en edad a propósito para ello, sus padres le anunciaron al fin que iba a entrar en una escuela, y así sucedió muy pronto. Don *Remigio Gutiérrez*, padre del hoy venerable anciano don *Sebastián* del mismo apellido, fue su maestro de primeras letras.

Lo que sería por aquella época una escuela primaria en Managua, puede muy bien deducirse por lo que son en la actualidad. Nada capaz de atraer y conquistar la voluntad del alumno, sin embargo, jamás niño alguno fue más constante en comparecer, contento y regocijado, en presencia del maestro. Ni el rigor de la estación más ardiente, ni la inclemencia del tiempo, ni las ocupaciones que le retenían en su hogar, fueron nunca suficientes a hacerlo desistir de su asistencia a la escuela. Entre todos sus compañeros él era siempre el primero. Antes que nada la escuela, y después tendría tiempo para todo. Porque él era el que

atendía solícito a sus hermanos pequeños, él era el que ayudaba a su madre en sus faenas domésticas, él era, en fin, el que iba a las afueras de la población a traer sobre sus propios hombros el haz de pesada leña para el consumo del día, leña que, sudoroso y jadeante, depositaba en su hogar, y que al volver de la escuela, la encontraba ya chisporroteando en el rústico fogón, lamiendo con las lenguas inquietas de sus llamas la ahumada olla de barro, de cuyo vientre redondo salía el tufillo agradable que olía a carne y olía a vida, y despertaba el contento en los chicos de la casa.

Rápidos fueron sus progresos en la escuela a que con tanta asiduidad concurría. Pronto aprendió a leer y a escribir, conoció las primeras reglas de la Aritmética, y allí, sin duda, fue donde también aprovechó aquellas "Lecciones de Moral Práctica", de las que tanto y tan buen uso hizo más tarde.

Por aquellos días conoció al niño *Gabriel*, el Presbítero don *Santiago Mora*, cura párroco de esta ciudad, y prendado de las bellas cualidades que le adornaban, tomó a su cargo la tarea de perfeccionarlo en sus escasos estudios e interesarlo a la vez en otros nuevos. Tenía el buen párroco, a lo que parece, el propósito de hacer que el niño siguiera la carrera eclesiástica, y con este fin le inició en el estudio del latín y algunas otras materias, (1) pero cuando más halagadoras esperanzas prometían sus esfuerzos, una de aquellas revueltas políticas, tan frecuentes entonces entre nosotros, vino a trastornarlo todo, y el buen sacerdote se vio en la necesidad de abandonar al aplicado discípulo.

El niño había entrado ya en el período de la adolescencia, y se hacía necesario pensar en algo práctico que lo pusiera en disposición de ayudar al sostenimiento de su hogar y al alivio de sus padres, medio rendidos ya por el cansancio, en la lucha sostenida silenciosa y heroicamente con los años, el trabajo y la miseria. Fue entonces cuando uno de sus hermanos, llamado *Policarpo*, hábil en el oficio de tejer las telas de hilo, que era una de las pocas industrias generalizadas en el país, puso a *Gabriel*, como a todos sus hermanos, al corriente de cuanto sabía en el arte.

El hacendoso joven toma entonces el telar, y trabaja con constancia y habilidad no común. ¡Aquel

(1) Filosofía escolástica, Geometría Aritmética, Historia, Geografía como medio de conocer el mundo.

telar, a cuyo lado le vimos nosotros después, por largas y consecutivas horas, infatigable y paciente, combinando los abigarrados colores de sus hilos, mientras que de sus labios se desprendía para nosotros enseñanzas y consejos! De tiempo en tiempo, y cuando ya había acumulado suficiente cantidad de las telas, cuyos hilos habían sido entretejidos por él mismo en las pesadas y fatigosas horas del día, trasladábase con ellas a Masaya, Granada y Rivas, de cuyas ciudades volvía con otros artículos de pronta y fácil realización.

En estas modestas transacciones comerciales, transcurrieron los primeros años de su juventud. Ellas le proporcionaban la satisfacción inmensa de poder atender en mucha parte a las humildes necesidades de su más humilde hogar. Pero no era, en verdad, aquel trabajo mecánico el colmo de sus aspiraciones. A más elevada misión se sentía él llamado: una voz secreta le decía que nacido para lo grande, estaba condenado a lo menor. En su alma de joven, sin embargo, aun no habían tenido tiempo de extender sus dominios las decepciones. En medio de aquellas primeras contrariedades que entorpecían el vuelo de su suprema aspiración, quedaba intacta una fibra que respondía simpáticamente al grito de la esperanza. Si no desfallecía su voluntad, si su fe no decaía, el momento oportuno tendría que presentarse, y él realizaría entonces su generoso pensamiento, acariciado en secreto con voluptuoso sibaritismo. Requirió, pues, todas las fuerzas de su voluntad, y decidióse a esperar.

#### IV

El año de 1838 el país atravesaba por una crisis tremenda. Nicaragua sucumbía al murmurio de sus lagos, bajo el látigo de la miseria, como Jerusalén bajo la espada de Tito. La Administración pública, necesariamente, se resentía del malestar general. La hoz segadora de las economías se movía sin descanso en todas direcciones, arrasando cuanto encontraba a su paso. No quedó en pie más que lo que se creyó absolutamente indispensable: ni una oficina que no fuera de todo punto necesaria, ni una escuela. El Gobierno, falto de fuerzas, no osaba afrontar los gastos que ocasionaba el ramo importantísimo de Instrucción Pública, y la Municipalidad misma, se abstenía de acometer una empresa, para cuyo sostenimiento, aunque en muy modesta escala, no contaba con los medios que asegurasen el éxito apetecido. La situación, pues, era asaz desgarradora.

Apareció entonces el joven don Gabriel Morales, sin alardes, sin ruido, sin estruendo, sencilla y modestamente, con el propósito generoso de contribuir por su parte, y en la medida de sus posibles esfuerzos, al alivio de aquella desesperada situación. El momento oportuno, había llegado. Una decidida vocación, por largo tiempo comprimida, iba al fin a manifestarse. El modesto joven lucha primero con inconvenientes, vence obstáculos después, sofoca los pudorosos alertas de su tímido carácter, y abre, al fin, una escuela pública y gratuita, que era el sueño dorado de toda su vida.

Temeraria en alto grado ha de parecer al pronto la empresa que acometía, pero no era loca vanidad la que

impulsaba su anhelo: era sólo el deseo de hacer el bien, que jamás al oído de aquella alma sencilla, pudo deslizar la presunción sus tentadores secretos. Su tarea sería apenas la del ignorado obrero que trabaja en el silencio de la mina profundísima, arrancándole a la tierra el no conocido cuarzo, del que mano más experta pudiera sacar después esplendores y riquezas. Él sabía que a su lado no se formarían nunca hombres doctos, ni instruídos, porque conociendo él el alcance de su brazo, no ignoraba, al extenderlo, a dónde podía llegar. Pero si una voluntad inquebrantable, una conciencia sin mancha, un juicio claro y recto y un corazón animado para el bien, fueron siempre más que suficientes para formar ciudadanos útiles a la patria, o cuando menos a la familia, él se sentía animado para emprender la labor.

Que supo cumplir con el deber que voluntariamente se impuso, es cosa que, por evidente, queda fuera de la órbita de lo discutible, que vio satisfechas sus aspiraciones, no cabe ponerlo en duda: ahí está, si no, para comprobarlo, esa falange de hombres que por uno u otro concepto brillan y sobresalen hoy en nuestra sociedad, y en cuyos corazones vírgenes implantó él la semilla que había de producir los frutos apetecidos.

Desde aquella su modesta iniciación en la lucha incruenta del magisterio, hasta sus últimos días, el maestro Gabriel, como cariñosamente le llamábamos todos, fue siempre el mismo. El poseyó, como Cristo, el secreto de hacerse amar.

Cuando por el año de 1859 restableció la Municipalidad de esta cabecera la escuela de instrucción primaria que sostenía con sus fondos, —y que fue servida sucesivamente por los señores don Indalecio Bravo, don Francisco Avilés y don Rafael Medina—, el maestro Gabriel continuó con su escuela gratuita, y tuvo la satisfacción de no ver disminuir el número de sus alumnos. Prueba elocuente de que no era la circunstancia, de ser la única su humilde escuela, lo que la hacía tan aceptable: algo, que llenaba, sin duda, las aspiraciones de los padres de familia, se encontraba en ella.

El año de 1866 surgen algunas dificultades en la Municipalidad, por no encontrarse una persona a quien satisfactoriamente pudiera confiársele la dirección de su escuela, entonces vacante. El Regidor don Sinfórico Chávez, por indicación del Síndico Municipal don Esteban Moreña, propone un día con general aplauso a don Gabriel Morales para servir dicha plaza. No se cuenta de antemano con la aquiescencia del maestro, pero se toman en consideración sus excepcionales cualidades para el magisterio, al mismo tiempo que el reconocido patriotismo, de que tantas y tan gallardas muestras tenía dadas. Hácese el fin el nombramiento, y el maestro decídese a aceptar en calidad de interino (\*).

Pasan pocos meses, y la Municipalidad se encuentra asediada por personas que objetan el nombramiento del maestro Gabriel porque no ostenta el título oficial

(\*) Se nombra interinamente maestro de la escuela, al señor don Gabriel Morales, comunicándole dicho nombramiento al interesado, al cesante y a la Junta de Instrucción Pública del departamento. En consecuencia, se declaró vacante la escuela, y se mandaron fijar carteles—Managua, 19 de Febrero de 1866—I Bravo—Juan M. Solís—Salvador Gutiérrez—Sinfórico Chávez—Esteban Moreña—Florencio Silva—(Extracto del acta municipal).

que ya la ciudadanía había antepuesto a su nombre. Se le recordó a los munícipes que la ley exigía el examen, al menos de *suficiencia*, al que pretendiese ejercer la profesión de la enseñanza.

El verse el blanco de objeciones hizo al *maestro* suponer que la posibilidad de volver a aquella vida, humilde e independiente de años atrás, le encariñara con el pensamiento, que al fin manifestóse decidido a realizar, de no presentarse al examen que exigía el Reglamento de Instrucción. Al tenerse noticia de su determinación sobre el particular, cuantos fueron capaces de calcular los nuevos inconvenientes y dificultades que sobre vendrían para la escuela que dirigía el *maestro*, si llevaba él a cabo su resolución de abandonarla, vinieron con sus insinuaciones a hacerlo desistir de su propósito. Los padres de sus discípulos, muchos ciudadanos interesados en la buena marcha de la instrucción, sus amigos todos, sus alumnos mismos lo asediaron con sus súplicas, y el *maestro Gabriel*, que jamás supo erguirse ante estas solicitudes dirigidas a su carácter afable y bondadoso, determinó someterse a la prueba requerida.

El momento del examen llegó. Al presentarse el *maestro* ante el jurado examinador, profundísima emoción sacudiría, sin duda, su espíritu, y una sonrisa de orgullosa satisfacción debió asomar a sus labios. Allí estaba la prueba de que no había sido tan insignificante, como su modestia le decía, la labor que había emprendido. ¡Uno de los examinadores llamados a juzgar de la competencia del *maestro*, era el señor don José Dolores Rodríguez, uno de sus antiguos discípulos! ¿Qué otra prueba más elocuente, para evidenciar aptitudes puestas en tela de juicio? El señor Rodríguez se encargó de manifestarlo así en aquel momento solemne. —“Se ha creído —dijo— que mi voto pueda ser de autoridad en el fallo que va a darse sobre el resultado de este examen, y, sin embargo, es en mí un deber manifestar, que todo cuanto a mis aptitudes se atribuye, se lo debo al hombre mismo a quien vamos a juzgar. Hecha esta manifestación, no soy yo el que debe ocupar el puesto honrosísimo que en este tribunal se me ha designado. Vengan otros a expedirle título de suficiencia al *maestro don Gabriel Morales*, después de cuarenta años de ejercer el magisterio. Yo, por mi parte, me concreto a declarar que lo que he sido, lo poco que soy y todo cuanto pudiera llegar a ser, no valdrá nunca lo que una sola de las ilustres canas de ese anciano!” En tales o parecidos términos se expresó el señor Rodríguez. La selecta y numerosísima concurrencia lo aplaudió con frenesí. Presidía el acto el entonces Prefecto del departamento, señor Lic don Benjamín Guerra, esa modesta lumbrera de nuestro foro, ese hombre encanecido en la gloriosa peregrinación del deber. El resultado del examen, como era de esperarse, fue brillante, la sanción oficial estaba satisfecha, y, en consecuencia, se le expidió al *maestro* su nombramiento de preceptor en propiedad de la escuela que dirigía, el 19 de Julio de 1879. (3)

Los títulos no dan ciencia. son apenas una garan-

(3) Managua, Julio 19 de 1879.—Señor don Gabriel Morales.—El Gobierno se ha servido nombrar a Ud., por acuerdo de esta fecha, preceptor propietario de la escuela número 1 de esta ciudad.—Lo que trascribo a Ud., suscribiéndome su atento seguro servidor.—Benard

tía para aquel que los posee. Bello escribió ese monumento de jurisprudencia que se llama el *Código Civil Chileno*, y no necesitó que se le expidiera nunca un diploma de Abogado. Al *maestro Gabriel Morales* le bastaba con presentar, como testimonios de su competencia para el magisterio, los resultados obtenidos en premio de sus afanes. En ningún caso como en este, podría aplicarse con más exactitud la sentencia bíblica que dice: —“El árbol se conoce por sus frutos”

*Gabriel Morales* fue maestro, porque nació para serlo, como nació Morazán para ser guerrero, y José Dolores Estrada para ser patriota, y Rubén Darío para ser poeta. Su misión era esa, su voluntad lo empujaba por la senda que el destino le había trazado en el mundo, y no hubiera habido fuerza humana suficientemente poderosa, para hacerle cambiar de rumbo y desistir de su empeño, no hubiera habido nada capaz de obligarle a torcer su vocación. “porque es tan difícil quitarle a un hombre el sino con que nació, como enseñar a las ovejas a cazar leones, y a las águilas a buscar miel entre las flores”

Si grandes son los obstáculos que surgen en su camino, más grande es su voluntad. ¿Qué fuerza poderosa habrá que quiebre aquella enérgica, fortalecida, sin duda, por inspiración divina, que detenga aquella mano, dispuesta siempre a labrar el bien?

No importa que el suelo de la patria tiemble, conmovido de uno a otro extremo por el estruendo horrísono y fatal de las discordias civiles, no importa que aquellas frecuentes conmociones, seguidas de su lúgubre cortejo de destrucción y miserias, minando la República que nace, aniquile sus primeras fuerzas, enferme su savia de juventud, y que todo lo entorpezca. Para el *maestro Gabriel* todavía no eran bastante poderosos estos inconvenientes, para hacerlo suspender sus laboriosas tareas. Aunque tiemble bajo sus plantas el volcánico terreno, él abre el surco, y con mano tranquila deposita la simiente, mientras otros destruyen, él continúa creando, y su labor lenta, tenaz, incansable, era sólo interrumpida cuando el humo de la pólvora enrarecía la atmósfera, y el estruendo de la fusilería asordaba los espacios. El período luctuosísimo de la guerra civil y nacional, fue la piedra de toque con que se probaron los quilates de su firme voluntad. Una parte de su familia se encuentra entonces, —como por igual motivo resultó otras veces antes, y, posteriormente, el año de 1869—, en el valle de Sabana-Grande, y otra, a su lado, en esta ciudad. Sus atenciones se multiplican, sus gastos se aumentan notablemente, al mismo tiempo que disminuyen los escasos ahorros de sus heroicas economías, y al fin queda reducido a una miseria completa. Pero no por eso decayó su espíritu infatigable.

Vino la paz, y el cielo de la patria, antes oscuro y siniestro, se tiñó con los albores que iluminan el desierto en el sublime canto de la Sulamita. El *maestro* reanuda sus interrumpidas tareas, y su modesta escuela adquiere por aquella época un ensanche prodigioso más de 200 niños, muchos de ellos procedentes de apartados suburbios de la capital y aún de lejanos puntos del departamento, concurrían a ella diariamente.

Surge entonces una nueva dificultad, insuperable,

al parecer, o poco menos. La modesta casa del maestro era demasiado estrecha para contener desahogadamente aquel considerable número de alumnos, había, pues, que conciliar con la absoluta falta de recursos este nuevo inconveniente. La necesidad fue siempre para Gabriel Morales, como para Pestalozzi, una musa inspiradora. El maestro, en aquel caso, ayudado por algunos de sus discípulos y por uno que otro entusiasta padre de familia, —de esos que en medio de su humilde condición, no tienen más que sus brazos y una firme voluntad para cooperar a una obra meritoria—, propónese construir una espaciosa enramada, que sombrease parte del patio interior de la casa, y haga así más espacioso el local para la escuela. Pronto queda concluido aquel trabajo, y el maestro se ve libre del duro trance, que por un momento pareció amenazarle, de tener que cerrar sus puertas a los que llegaran a él en busca del pan del alma. La dificultad estaba obviada ya había local para todos —unos bajo la rústica enramada, otros a la sombra de algún árbol corpulento allí inmediato, los más en el interior de la estrecha y pobre casa, y sobre la cabeza de todos, como una inmensa cobija, el manto del cariño y del afecto.

¡Cómo sacuden nuestro espíritu, y cuán profundas emociones despiertan en el fondo de nuestro corazón, al evocarlos, estos recuerdos imperecederos! Aun nos parece estar viendo aquellos grupos de niños, de todas clases y condiciones, diseminados aquí y allá, oímos el confuso rumor de sus repasos a media voz, miramos sus mil diversas aptitudes —el uno que lee, el otro que escribe, aquel que furtivamente conversa con el compañero vecino, el que ríe a hurtadillas y el que estudia gravemente—. Y en medio de todos, destacándose severa, la figura simpática del maestro, que todo lo vigila, que a todo atiende, y ya se desprende de sus labios el consejo cariñoso, ya la lección saludable, ya la reprensión enérgica, solícito, atento, infatigable, sentado al frente de su modesto telar, cuyos hilos se mueven rápidos de una en otra dirección, y a las veces empapados con el sudor de su frente!

El año de 1876, Nicaragua pasaba, como en otras ocasiones, por un período tristísimo. Los gritos de amenaza que se le dirigían de las otras Repúblicas hermanas, mantenían el espíritu público en una viva ansiedad. Como en situaciones análogas sucede siempre, estaba fuera de vigor el orden constitucional. Las escuelas de la República, a cargo entonces de las Municipalidades, suspendieron temporalmente sus tareas, pero el maestro Gabriel, para quien hemos dicho que no eran insuperables obstáculos de esta clase, trasladó a su propia casa la escuela que dirigía, y en ella continuó voluntariamente sus funciones, por todo el tiempo que duró la situación anómala porque pasaba el país. Allí le sorprendió el desastroso aluvión que por aquella época arrasó a esta capital, dejando como huellas de su paso, miseria y desolación. En el momento de la catástrofe no se hallaba en la escuela, afortunadamente, más que un niño, hijo del señor Lic. don Pascual Fonseca. a él se dirigieron los primeros esfuerzos del maestro, para poner a salvo su existencia, conseguido lo cual, consagróse a atender a su familia, presa del pánico general. En las más delicadas fibras de su exquisita sensibilidad, quedó grabado para siempre el grato re-

cuerdo de los oportunos y eficaces auxilios, que en aquel crítico trance prestaron a su familia, los señores don Fulgencio Fonseca, don Terencio García, don Francisco Cubillo, don Manuel Ramírez, y, sobre todo, el capitán don Teodoro Largaespada, que, con riesgo inminente de su vida, vino desde un apartado barrio de la ciudad, a ayudar con sus esfuerzos de salvación a la atribulada familia del maestro.

Cuando el incidente diplomático ocurrido en 1878 entre nuestro Gobierno y el del poderoso Imperio germánico, y por el cual tuvo Nicaragua que cerrar sus escuelas públicas, para subvenir a los gastos exigidos por Alemania con las bocas de sus cañones en nuestras costas indefensas, el maestro Gabriel, con más entusiasmo que en ninguna otra ocasión, puso todo el contingente de su patriotismo, al servicio de la causa a que venía sirviendo con tesón inquebrantable. Las escuelas públicas se cerraron, pero él, —como lo había hecho ya en años atrás, y lo mismo que lo hizo después en el período azaroso de 1885—, abrió las puertas de su humilde casa, y a ella se trasladó, seguido de sus alumnos, nunca jamás abandonados, a continuar las tareas que un incidente fatal se propuso interrumpir. (1)

En su camino no se interponía obstáculo, que no fuera al fin vencido. Ya lo hemos visto. ¿Se cerraban, por uno u otro motivo, las escuelas del país? Pues el maestro Gabriel, a despecho de todos los inconvenientes, continuaba con la suya. ¿Qué no había en su estrecha casa local suficientemente capaz para un número considerable de alumnos? Pues el paciente maestro iba a las afueras de la ciudad, y cortaba los árboles necesarios, y él mismo los trasladaba a su casa, y con ramajes y troncos trabajaba sin descanso, y cavaba la tierra, y se hacía sangre las manos, y agotaba sus fuerzas, pero al cabo veía concluida la fresca y rústica enramada que daba ensanche al local. ¿Qué la escuela carecía de textos para el estudio? Pues él pasaría horas y horas consecutivas, doblado sobre la pequeña mesa, escribiendo lecciones para los ejercicios de lectura, haciendo con nimia escrupulosidad tablas pitagóricas para la Aritmética, copiando lecciones de Derecho Público, aun mucho antes de que los "cuadros citológicos" aparecieran en las escuelas de la República, rayando el papel para las planas caligráficas; luchando, en fin, con cuantos inconvenientes para el estudio pudiera presentarle a sus queridos discípulos la total carencia de textos, que, por aquella época, se sentía en todos los establecimientos de enseñanza. En estas fatigosas labores de cincuenta años, contrajo, sin duda, la penosa enfermedad que, minando poco a poco su existencia, había de llevarlo, años más tarde, al sepulcro.

La misma omnipotente mano que le había señalado su ruta sobre la tierra, reunió en las facultades del maestro cuanto distingue y constituye al verdadero pedagogo: capacidad, voluntad, paciencia y la más

(1) Es de justicia hacer constar aquí, que idéntica muestra de patriotismo la dio en aquella ocasión el señor don Terencio García, antiguo discípulo del maestro, y que a la sazón dirigía una escuela de primaria. La satisfacción del maestro, al verse secundado en su patriótico proceder por quien había aprendido al lado suyo comportamiento tan noble, fue grande, profunda, inmensa. La labor de tantos años le daba al cabo esos frutos. El local para la escuela fue cedido patrióticamente y generosamente por nuestro ilustrado y malogrado Dr. don Jesús García.

exquisita moralidad. El no tenía, como ya hemos dicho, tesoros científicos que transmitir, y su misión, por lo tanto, estaba limitada a inculcar los rudimentos comprendidos en la instrucción puramente elemental. El se contentaba con echar las bases, otros eran los llamados a edificar. Pero es lo cierto que la eficacia de sus esfuerzos, más que a la inteligencia, se dirigía al corazón. El vigilaba el carácter y la voluntad, enderezándolos por rumbos de rectitud y firmeza. Nada escapaba en esta delicada observación a su rara perspicacia. Sus lecciones abrazaban, en esta faz de la educación moral, desde las más sencillas reglas de compostura y urbanidad, hasta las más sagradas obligaciones del hombre para con Dios, con la patria y la familia. Aquellas sus claras explicaciones de "Derecho Público", y sus sencillas y bien meditadas "Lecciones de Moral Práctica", puestas al alcance de la más limitada comprensión, no podrán olvidarse en mucho tiempo (1). El maestro se había encargado, pues, de la parte más delicada de la educación del hombre: la educación del corazón. El comprendía que infundiéndole sentimientos capaces de asegurar la conciencia del deber y la justicia del triunfo, jamás faltarían a su patria héroes en el campo de las luces o en el campo de batalla, ni lidiadores, en fin, en todo lo que fuera luchar por una noble idea o por una santa causa.

Allí, a su lado, se incubaron espíritus viriles y luminosos, de allí salieron jóvenes distinguidos, preparados ya para obtener en Institutos y Universidades, títulos que acreditasen más amplios conocimientos, allí hubieran podido reclutarse héroes para la fe y mártires para el cadalso, de allí salieron, en fin, hombres de todas las clases sociales, con el corazón templado para la lucha de la vida. Volvamos los ojos en torno nuestro, y en esa vigorosa juventud que brilla hoy en la Cátedra Sagrada, en el foro, en las Cámaras legislativas, en la medicina, en la Administración pública, en la política, en el comercio, en la milicia, en las artes, en las industrias, en todos los órdenes de la actividad social, apenas encontraremos quienes, al recordar los días de su niñez, no guarden en el corazón gratitud por el maestro.

Aplausos que lo alentaran, si nunca los solicitó, no le faltaron tampoco. Y era que al conocer de cerca la espinosa labor en que vivía empeñado aquel hombre extraordinario, había que reconocer sus méritos o amordazar la justicia.

El año de 1866, el señor don Indalecio Bravo, siendo a la sazón Subprefecto del entonces distrito de Managua, visitó oficialmente la escuela del maestro. Nadie como el señor Bravo, —que ya había luchado brazo a brazo por la causa redentora de la enseñanza—, para juzgar con acierto del estado del plantel. Los términos de su informe, que corre impresos en la "Gaceta Oficial" de dicho año, no pueden ser más justos, ni más satisfactorios para el humilde preceptor. Idénticos fueron los informes emitidos en varias ocasiones por los honorables e ilustrados señores don José

(1) La comisión encargada de la publicación de estas páginas, ha creído oportuno insertar al fin de ellas, a la manera de apéndice, algunas de esas lecciones a que nos referimos, de las pocas que han podido conservarse. La lectura de ellas dará idea del espíritu que animaba en su misión al maestro; y con esta inserción quedarán libres, al mismo tiempo, de perecer en el olvido que parece amenazarlas.

Antonio Mejía y don Manuel García, y el distinguido ciudadano hondureño don Francisco Cáceres, en el desempeño de la Inspección que ejercían, como delegados de la Dirección de Estudios y del Supremo Gobierno, respectivamente. Tras prolongada visita que en Octubre del año de 1873 hiciera voluntariamente el ilustre Dr. y General don Máximo Jerez, a la escuela del maestro, dirigióle a éste, dominado por una impresión profunda, sentidas y alentadoras palabras, en las cuales le encarecía la necesidad de continuar en su difícil empresa, consagrada a preparar el porvenir de la patria. Las mismas halagadoras expresiones oyó el maestro repetidas veces, de muchas autorizadas personas, entre las cuales podríamos hacer especialísima mención del señor Lic. don Jerónimo Pérez, —uno de los hombres más entusiastas por la instrucción de la juventud—, y del eximio ciudadano, presque indiscutible, nuestro venerable don Vicente Quadra, encarnación del alma sin mancha de la patria, de esta alma tormentosa que el trueno agita, que el rayo quema y la tempestad del dolor consume y purifica. Ocupaba el señor Quadra la primera Magistratura de la República cuando conoció al maestro, y, admirador sincero de las virtudes que le adornaban, le dio su mano de amigo, prefiriéndole desde luego para encomendarle la enseñanza elemental de dos de sus pequeños hijos, fomentó con él relaciones íntimas y cordiales, que se hicieron extensivas a las familias de ambos, lo distinguió con su afecto y lo alentó con su aplauso. Había muchos puntos de contacto entre aquellos dos corazones que se comprendieron pronto, que latían al unísono, el uno arriba y el otro abajo, eran sus relaciones las del mérito encumbrado que desciende de su altura, para buscar en la sombra a la virtud ignorada. El humilde maestro, que jamás creyó merecer tan honrosas distinciones, levantaba en su conciencia un templo de admiración al señor Quadra, en cuyo altar, de seguro, habría podido colocarse él mismo.

Sin grandes esfuerzos de nuestra parte, podríamos recordar, así, como otros tantos hechos análogos, el solemne acto de la distribución de premios entre los alumnos de las escuelas públicas de la capital, efectuado en los salones de la Municipalidad en el mes de Junio del año de 1883. Las encomiásticas frases que en aquel memorable acto dirigió al maestro, allí presente, el señor Alcalde 1º, Lic. don Pascual Fonseca, obtuvieron la sanción de la inmensa concurrencia, en un aplauso estruendoso, y cuenta que aquellas frases eran más que merecidas, eran apenas una pálida demostración de lo mucho que se debía al humilde ciudadano a quien iban dirigidas. Porque, como dijo "El Porvenir", redactado entonces por don Fabio Carnevalini, refiriéndose a aquel acto: —"Gabriel Morales vivía desde hacía muchos años dedicado al magisterio, con una abnegación verdaderamente rara, y una retribución tan escasa, que en aquella misma fecha no pasaba de 20 pesos, no obstante de que el número de sus alumnos ascendía a más de 200!"— "Esto sucede, —agregaba el mismo periódico—, porque los padres de familia le prefieren a todos, por su honorabilidad, aptitudes y bondad para con los niños, y porque inculca en el ánimo de éstos, con el ejemplo y las palabras, la moral y la virtud".



Y así era, efectivamente. El maestro vivía casi abandonado a sus propias fuerzas. Los que podían ayudarle, pasaban por su lado, como la indiferencia oficial, erguidos y sin fijar la atención en aquel modesto obrero que trabajaba silenciosa y humildemente en una de las obras más grandes y meritorias. Veinticinco duros devengaba mensualmente cuando estuvo mejor retribuido (1), pero durante los once años en que su escuela corrió a cargo de la Municipalidad, su sueldo no pasó nunca de 20 pesos sencillos: diez que le fueron asignados en esta ciudad, y diez que le señaló la Dirección de Estudios, que funcionaba en Granada. De esta exigua cantidad le abonaba el maestro ocho pesos mensuales a su asiduo colaborador el señor Chávez, por la hora diaria que dedicaba a la escuela, con el resto había de atender a las premiosas necesidades de la vida. ¡Y si al menos hubiera podido contar siempre con el pago oportuno de este miserable sueldo! Pero escasísimos debieron ser, sin duda, los fondos con que contara la mencionada Dirección de Estudios, porque cada vez se hacía más dificultoso enterarle al maestro los diez pesos asignados. ¡Cuántas veces, espoliado por las estrecheces en que vivía, se vio él en el duro caso de tener que escribir cartas suplicantes a personas respetables, como don José Mercedes Zelaya y otras que residían en Granada, para que interpusieran sus influencias, a fin de que se le abonara puntualmente su mezquina asignación! De este modo se pagaban los esfuerzos de aquel hombre excepcional, que había servido a su escuela gratuitamente durante 28 años consecutivos! Pero no por eso flaqueaba su voluntad. Qué importan miserias y privaciones! Para encontrar fuerza en la adversidad, el maestro seguiría imperturbable en su puesto. La satisfacción del deber cumplido era el mejor alimento para su espíritu, para tener un pan que llevarse a la boca, ágiles se sentían aún sus brazos, y listo estaba el telar! No era aquella ruda faena, en verdad, la más a propósito para restaurar sus fuerzas, aniquiladas por la constante fatiga, pero asaeteándolo la necesidad con sus implacables exigencias, se sometía sin vacilar a la dura prueba, tan extraña a los espacios donde vagaba su espíritu.

El maestro, pues, tejía telas, por lo mismo que el poeta cubano Plácido hacía peinetas, para vivir!

## V

Ni los pequeños ambiciosos le contaron nunca entre sus filas, ni el Carnaval de Venecia de los que se llaman grandes, le vieron nunca entre las suyas. Lejos de las miserias de los unos y de las vanidades de los otros, Gabriel Morales permanecía apartado y solitario, con sus hábitos humildes, con sus costumbres sencillas, sin quimeras ni ambiciones, trabajando sin descanso en la inmensa labor que se había impuesto. Su órbita de acción estaba circunscrita al recinto de su escuela: fuera de ella se habría agitado impaciente como un pez en las arenas, o como el pájaro, palpitante de terror, bajo la campana neumática que lo ahoga.

El hogar de sus padres fue siempre el suyo. No

(1) Ya para entrar en prensa esta página, hemos visto un acuerdo, fecha 31 de Marzo de 1887, por el cual se aumentaba esta asignación a \$ 30.

contrajo matrimonio, porque al acercarse esa edad penosa, en que el hombre necesita la mano amiga de una compañera que enjugue el sudor de las fatigas y refresque las heridas recibidas en la batalla del mundo, ya él estaba empeñado en la labor redentora a que vivía consagrado, y puede decirse que hasta le faltaba tiempo para pensar en sí mismo. Sus cariñosos hermanos, —humildes y modestos como él—, y una hija única que hubo en los años de su juventud, fueron los seres queridos que compartieron con el maestro pesadumbres y alegrías. En medio de aquella honrada y reducida familia, él era el representante de la autoridad paterna, su carácter, sus años, sus virtudes, pusieron sobre su frente la corona venerable que, dentro y fuera de su hogar, le hizo siempre acreedor a estimación y respeto.

Su característica humildad le hacía traición. El manto de la modestia en que tenazmente se envolvía, lejos de ocultarlo, como él pensaba, a las miradas de todos, le servía de fondo oscuro sobre el cual resplandecían, con mucha más intensidad, sus méritos y virtudes. Con la sencillez de un niño se le encontraba de ordinario dedicado a las más humildes faenas de su hogar. Y esto a nadie sorprendía. Porque ora atravesase las calles, —como tantas veces le vimos—, llevando sobre sus hombros el cántaro de agua que en su casa era necesaria para el consumo del día; ora se le viera, con tardo y silencioso paso, en medio del cortejo fúnebre que seguía el ataúd de algún amigo, —en semejante acto, bien lo recordamos, siempre grave, condolido, silencioso, con la cabeza descubierta en señal de religiosa veneración—, en uno como en otro caso, el maestro Gabriel era siempre el mismo: para cuantos encontraba en su camino, el padre de toda una generación, a quien iban dirigidos los universales respetos.

Su alma generosa, incapaz de dolo, rehuía toda complicidad con el escándalo, por eso el maestro Gabriel logró mantener cerrados sus oídos a las pérfidas sugerencias de la política, que todo lo malea, que todo lo destruye, que todo lo esteriliza. En los primeros años de su juventud, cuando en la patria parecía no haber otra atmósfera de vida que la que envolvía a los agitadores políticos, no sentirse arrastrado por la avalancha fatal, era ya una prueba evidente de sensatez y cordura. Ciertamente es que desde el año de 1858 se le conoció afiliado al partido conservador, con cuyas doctrinas pareció simpatizar, pero en ningún caso ese partido pudo contar más que con el concurso leal y espontáneo de su voto, en la lucha pacífica de las urnas.

No quiere decir esto que el maestro figurara, por carácter, al lado de los débiles de espíritu o de los indiferentes, que forman en todas partes y en todos los tiempos la masa plástica de los que consienten, por el contrario, había en él temperamento de patriota y exaltación de repúblico. Nadie más pronto que él, para celebrar desde el fondo de su corazón, cualquier acontecimiento que denunciara una conquista adquirida en el campo del derecho, o un paso dado adelante en el camino escabroso de las libertades públicas. Los que le conocimos de cerca sabemos perfectamente hasta dónde alcanzaban los amplios horizontes de sus principios políticos; bajo su bandera de armiño cabían

holgadamente todas las opiniones, su corazón republicano llevaba la tolerancia a un extremo exagerado, pero nunca censurable, que su tranquila conciencia jamás hubo de mancharse con la sombra de una acción que no fuera sana y recta. Y si provisto de estas armas de honradez que aseguraban el éxito, no se lanzó decidido a lo intrincado de la lucha, fue porque siempre temió que del chapotear del lodo, salpicara alguna mancha su blanca toga de armiño. Enamorado de Minerva, oscuro sacerdote de su templo, sentía aversión por Belona. Pero si la salud de la patria exigía el sacrificio, celebraba desde lo más íntimo de su sentimiento, la conciencia del deber y la altivez del civismo. Por eso no trató él jamás de reprimir los impulsos de aquel su hermano querido, —el inolvidable don Félix Morales—, que, con la exaltación del partidario, se movió siempre humilde, pero honradamente, en los círculos políticos, y que no escatimó nunca su cooperación cuando la creyó necesaria en la lucha pacífica, con su activa propaganda, en los momentos del peligro, con el arma al brazo.

Sus habituales ocupaciones le impidieron casi siempre desempeñar los cargos públicos a que su honorabilidad y demás recomendables cualidades le llamaban. Sólo una vez sirvió el cargo de Regidor de la Municipalidad de Managua, y otra, en 1871, el de jurado. Por idéntica causa estuvo siempre exonerado del servicio militar. En dos ocasiones, sin embargo, la *festinación del momento* o el *excesivo celo de jefes militares subalternos*, fue motivo de que prácticamente se demostrara por las autoridades superiores, el aprecio que siempre mereció el maestro. En la primera de dichas ocasiones, ya reclutado en uno de los cuarteles de la ciudad, y tan luego como se tuvo noticia de su presencia en aquel lugar, devolvióle en el acto la libertad, tras las explicaciones del caso, el hoy General don Hipólito Saballos, en la otra ocasión a que nos referimos, el año de 1858, fue excepcionado expresa y terminantemente por el Dr. don José Gregorio Juárez, encargado temporalmente del Poder Ejecutivo, mientras los Generales Jerez y Martínez se ocupaban en el asunto de la eterna cuestión de límites con la República de Costa Rica.

En creencias religiosas, como en materias políticas, no obstante lo profundo y arraigado de sus firmes convicciones, la tolerancia del maestro fue una norma de conducta no quebrantada jamás. En esto como en aquello procedió siempre lo mismo, era su modo de ser, no había aspereza ni sinuosidades en aquel carácter terso como la superficie de un espejo. El sabía que la imposición envilece, y no había de prestarse, por lo tanto, a secundar sus propósitos, ocupado como estaba en la labor incruenta de levantar el pensamiento al nivel de la conciencia, y la conciencia a la altura del deber.

El maestro fue, como todos lo sabemos, un creyente fervoroso. No era fanático ni podía serlo. Profesaba la doctrina predicada por el Justo para la rehabilitación del hombre, y estaba firmemente convencido de que la religión es el primer elemento para prevenir los delitos, moralizando a los pueblos. ¿Por qué, pues, había de abstenerse de profesar sus doctrinas? ¿Por qué había de negar la fe que se anidaba en

el fondo de su corazón? ¿Habría quien le acuse por ello de haber vivido, como se ha dicho de otros, con la cara vuelta atrás? Oh! no. Recordamos haber leído en alguna parte, que *libertad* y *ateísmo* son dos palabras que se contradicen. El absolutismo desprecia a Dios, porque lo que necesita son esclavos, la libertad busca a Dios, porque lo que necesita son *hombres libres*. Y ¿qué es lo que forma los ciudadanos? Dos sentimientos inseparables: el del *derecho* y el del *deber*. ¿Y qué derecho puede concebirse sin tener en el cielo un padre universal? Y ¿qué deber puede pretenderse sin que exista un juez que falle entre los hermanos que litigan?

Hay quien opina que la ignorancia es inocencia en dulces temperamentos y con hábitos tranquilos, apreciación que envuelve una censura a los esfuerzos contra la barbarie. El maestro, a su turno, aseguraba que la instrucción es peligrosa, si el que debe recibirla no tiene religión, que la educación carece de efecto si no está basada en la moral cristiana, y que el castigo más riguroso quitará los medios de violar la ley, pero no alcanzará al ateo para producir su corrección. Estas convicciones estaban profundamente arraigadas en su conciencia, circulaban con la sangre de sus venas, ardían en su cerebro, latían en su corazón, y de aquí el particular empeño con que él atendía a esta faz importantísima de la educación del niño, a despecho muchas veces de las restricciones que le imponía la suspicacia oficial. La virtud preconizada, la moral en acción, las prácticas religiosas ocupaban lugar de preferencia en su modesto programa de enseñanza. El maestro no perdía oportunidad para dejar caer la semilla de la religión en el terreno virgen que con fe apostólica cultivaba. Sus discípulos asistían frecuentemente al templo bajo su inmediata inspección; y, *concluidos los oficios divinos, conducíalos de nuevo al recinto de la escuela, donde les explicaba los más minuciosos detalles de las místicas ceremonias que acababan de presenciar, infundíales con sus sencillas explicaciones el sentimiento de la religión, de las obligaciones para con Dios, se extendía a los deberes para con la patria y la familia, la moral, la urbanidad, las doctrinas del cristianismo, todo cuanto estuviera más o menos conexo con el acto sagrado a que se acababa de asistir, componían el tema de estas modestas conferencias, explicadas en lenguaje claro, sencillo, adecuado al objeto saludable a que tendían, y salpicadas de oportunas observaciones, de preceptos y consejos que tenían por fundamento la máxima de "no hagas a otro lo que no quieras para tí mismo", que es la principal base sobre que el orden descansa.*

En sociedades formadas para la vida cristiana, los hombres se acostumbran a amar la religión, a practicar la virtud, a obedecer la autoridad, a reprimir ese *ahinco por los intereses privados*, que rebaja y enerva la naturaleza del hombre. El maestro, indudablemente, estaba convencido de semejante verdad, y esto explica su plausible proceder. Alguien ha aconsejado que se empleen todas las armas que la sociedad pueda esgrimir, llegado el caso, en defensa propia, pero que la primera sea el *trabajo*. El maestro decía: —Empléense todas, sí, pero que la *religión* sea la primera. El obrero más activo podrá ser un buen obrero, pero si



carece de religión no será jamás un hombre honrado podrá llegar a hacerse rico, avaro, poderoso, porque las riquezas, donde hay vicios, son palancas formidables. Pero, ¿en dónde hallará un freno contra el poder de sus pasiones? ¿En dónde hallara un impulso para hacer buen uso de sus riquezas? ¿En dónde esa voz divina que excite al rico a socorrer al pobre? ¿En dónde aquello que le arrastre a decir, como Fenelón, "mi familia antes que yo, pero mi patria antes que ella, y el género humano antes que todo"? —¿Qué instrucción muy provechosa, qué educación muy productiva, qué castigo reformador podrían emplearse contra el ateísmo?

Las lecciones amorosas del que toma a su cargo la educación del hombre, se graban y se recuerdan con placer hasta el último día de la existencia, pero si el institutor es *espíritu fuerte*, si rinde culto a la *diosa Razón*, si es *despreocupado* y *libre-pensador*, ¿qué sentimientos podrá inspirar al niño, germen del hombre, que confiadamente se le abandonara? ¿Qué doctrinas podrá infundirle que estén en armonía con su felicidad futura? ¿Qué ciudadanos podrá formar, de utilidad positiva para la patria, que imiten a Bolívar en la hacienda de "San Pedro", recibiendo de Esteves el pan de la gracia, y exhortando a la paz para la salvación de los principios, a Washington y a Franklin, en sus últimos instantes, confiando al Ser Supremo la libertad de su nación, y al desgraciado Carlos I, en presencia del sacerdote, recomendando a sus hijos el perdón sincero de sus verdugos?

Es ésta, a nuestro modo de ver, la más importante faz de la obra inapreciable que llevó a cabo aquel hombre, dotado de una voluntad de hierro, de una rara idiosincracia, de un espíritu verdaderamente excepcional. ¿Quién será capaz de fijar la trascendental influencia que en nuestra suerte de hoy haya tenido aquella labor de cincuenta años, no apreciada todavía como en justicia merece? Qué voz secreta animaba a aquel apóstol, vigorizando su espíritu, robusteciendo su brazo e infundiéndole valor para seguir adelante? No era el interés mezquino, ni la ruín satisfacción del momento, lo que pudiera haberle impulsado hasta hacer el sacrificio de su propia vida, en aras de la santa causa por la que luchó sin tregua. A la muerte de su hermano don Félix Morales, ocurrida en 1885, el *maestro* quedó en posesión de un no escaso capital. Si era la necesidad la que inspiraba su anhelo, si era un móvil mezquino lo que lo impulsaba, pudo entonces haberse retirado tranquilamente al fondo humildísimo de su hogar, a disfrutar de calma y comodidades que jamás gozó en la vida. Muchos, que creyeron esto posible, y tras de posible, lógico, aventuraron la especie de que así resultaría, pero pronto habían de salir del error en que incurrieron. El *maestro* no abandonaba su escuela porque ni el golpe terrible que en su espíritu enfermo descargó la fatalidad en aquel trance tristísimo, ni las múltiples ocupaciones que venían a solicitar su atención, ni los acontecimientos políticos que por aquella época mantenían en continua zozobra el corazón del patriota, le hicieron volver atrás ni pararse en su camino. El *maestro* dejó a otros el encargo de administrar los intereses que a él y a sus hermanas menores pertenecían, miró desde un principio

este cuidado con marcado asomo de indiferencia, y continuó en su labor de todos los días, con la misma asiduidad, con el mismo tesón inquebrantable, con las mismas fatigas y las mismas privaciones que le acompañaron siempre! Y haciendo, de esta manera, abstracción completa de su propia vida, sacrificando su existencia en aras de un porvenir, cuyos espléndidos destinos, preparados por él mismo, otros habrían de disfrutarlo, dando tesoros inmensos a cambio de un trozo de pan, sosteniendo con su mano e impulsando con su voz — así continuó en su obra, hasta sus últimos momentos, aquel ser extraordinario, de quien apenas se hizo caso en mucho tiempo, paciente, sufrido, mártir, héroe, que vivió oscurecido y murió con la sonrisa del justo y la frente aureolada por la gratitud de un pueblo.

La historia de los hombres excepcionales es siempre la misma. Sus triunfos se cuentan por sus amarguras, y llevan la marca de los desengaños. La vida de esos hombres, en su peregrinación por el mundo, está llena de episodios en que la miseria, el afán, la injusticia y el dolor predominan. La posteridad se encarga de hacer justicia al mérito, pero justicia póstuma, justicia tardía. Las flores que recoge, las coronas que forma, los laureles que teje, llegan marchitos al pie de un sepulcro, donde sirven de brillante adorno y de amarga ironía a la vez.

## VI

Larga y penosa fue la enfermedad, precursora de la muerte, que postró en el lecho del dolor la vigorosa naturaleza del *maestro*. Pero ni el fin cercano que presentía él, ni sus terribles padecimientos, le hicieron nunca perder su habitual tranquilidad y lo dulce y afable de su carácter en el trato ordinario de la vida. Tenía expresiones halagadoras para cuantos llegaban a visitarle en aquel trance supremo. Convencido de que su enfermedad no tenía más origen que la vida sedentaria a que su consagración le había obligado, aconsejábale frecuentemente a sus colaboradores en el magisterio, y especialmente al señor Chávez su inseparable compañero de tantos años, "que buscarse la manera de ocuparse en otra cosa, porque la escuela, decía, ya ves en el estado en que me ha puesto". Pero no había en esta su perenne frase, ni un asomo de amargura. Parecía estar satisfecho de su labor, aún en las más tristes consecuencias de ella misma. Y si después de semejantes exclamaciones, llegaban, como de costumbre, junto a su lecho, los niños afligidos de la escuela, que venían a enterarse del estado de salud en que seguía el *maestro*, los hacía acercarse a él hasta acariciarlos con sus propias manos, y, engañándose a sabiendas, les aseguraba que estaba en vísperas de una curación completa, y que pronto volvería, por lo tanto, a su abandonada escuela. Muchos y sentidos episodios pudiéramos relatar de estas conmovedoras entrevistas, capaces ellos, por sí solos, de dar acertada idea del carácter bondadoso y sencillo del *maestro*. Conmóvalo de tal modo, en aquella triste situación, una expresión o una frase cualquiera que le revelara gratitud o siquiera reconocimiento de sus valiosísimos servicios, que si llegaba a oírlos alguna vez,

la repetía incesantemente, tal como si de este modo hubiera de convencerse de la certeza de ella. En cierta ocasión decía con inefable contento: "Estuvo a verme Luis López parecía afligido de mi situación. Hablamos del tiempo en que le tuve en mi escuela, y me dijo que recordaba siempre con placer aquellos años, y que quisiera volver a ser niño, solamente por estar junto conmigo". —Tan pequeñas satisfacciones eran en sus últimos momentos, sus únicas recompensas.

Entre tanto, la terrible enfermedad iba cebándose en él. Ni la ciencia, con sus supremos esfuerzos, ni los solícitos cuidados, ni el cariño de los seres queridos que lo rodeaban, nada bastaba a conjurar la catástrofe que se cernía siniestra sobre aquel humilde hogar. El enfermo sucumbía, la ciencia desesperaba de un éxito lisonjero, no había salvación posible para aquella preciosa existencia, hasta entonces apreciada en todo lo que valía, por lo mismo que estaba próxima a perderse para siempre.

Sufría el *maestro* sus crueles padecimientos con resignación cristiana, y cuidaba de cumplir con las prácticas y preceptos que el culto religioso impone. En dos ocasiones recibió entonces los Sagrados Sacramentos, de manos de su antiguo discípulo, el señor Presbítero don Félix Saravia, y otra, la última vez, con toda la imponente solemnidad del caso, en cuyo acto ofició el señor párroco don Pedro Abelardo Obregón, asistido por el mismo Presbítero Saravia, y el de igual investidura don Antonio Durán. El momento era solemne, la concurrencia numerosísima y formada en su mayor parte por antiguos discípulos del *maestro*, hombres de todas las procedencias sociales, mostraba la pesadumbre y el recogimiento conmovedor que imponía el más profundo respeto. Llegó el instante supremo al recibir el pan ácimo de mano del sacerdote, el *maestro*, en horrible estado de postración, pálido, exánime, jadeante, se incorpora penosamente en su lecho de agonía, y con tembloroso acento reza en latín y en voz alta el acto de contrición; la emoción que le domina debilita su acento de tal modo, que sus últimas palabras se aperciben apenas confusamente entre los angustiosos sollozos que de pronto le sobrevienen, mientras corren de sus ojos gruesas y abundantes lágrimas. Ah! la muerte no es más que el sentimiento de lo que se abandona. En la profunda y desconsoladora mirada que el *maestro* tendería entonces a su alrededor, vería pasar en silenciosa hueste sus deseos muertos al nacer, sus esperanzas olvidadas, sus luchas sin premio, sus fatigas sin recompensa, sus alegrías, sus penas, sus dolores, que en el lúgubre desfile, se alejan, huyen, desaparecen. triste flota negra arrastrada hacia el olvido!

Al amanecer del 3 de Agosto, tras una noche de alarmante gravedad, quiso el *maestro* consignar en debida forma su postrera voluntad, y así lo hizo ante el Notario y Escribano público, su antiguo discípulo, señor Lic. don Juan Manuel Arce. Extendido el documento respectivo, faltáronle las fuerzas al ilustre enfermo en el momento de firmar, y hubo de llenar esta formalidad, a ruego suyo, el señor Senador don José Dolores Rodríguez, su ahijado y también su antiguo discípulo, presente al acto. . . . Tiene la casualidad, a veces, ex-

trañas y asombrosas combinaciones en su modo de manifestarse. ¿Quién le habría dicho nunca al *maestro*, que aquellos dos tiernos niños, cuya mano guió él por primera vez sobre la emborrionada plana de la escuela, habían de llegar, años más tarde, a su lecho de agonía, a autorizar con sus firmas el documento en que constaban sus últimas sagradas disposiciones! *Nescia mens hominum fati sortisque futura.*

Por último, el *maestro* don Gabriel Morales exhaló su postrer aliento, al comenzar la tarde del 10 de Agosto de 1888.

La fatal noticia cunde rápidamente por la población. Desde los primeros momentos una multitud, visiblemente consternada, invade la casa mortuoria, como queriendo convencerse por sus propios ojos de la terrible verdad. Los discípulos del *maestro*, aproximados por la común desgracia, organizan en el acto un Comité, de cuyo seno salen comisionados los señores don Santos Chávez y don Esteban Escobar, para significar a la familia del ilustre difunto, el deseo, por todos manifestado, de velar el cadáver por más tiempo del que previene la ley, previa autorización de la autoridad respectiva. obtenido el permiso correspondiente el 11, iníciase una suscripción voluntaria entre los discípulos, para sufragar los gastos que hasta el entierro del cadáver pudieran originarse. Acogido el pensamiento con entusiasmo, invirtiéndose lo recaudado, en adquirir los listones que llevarían al brazo, en señal de justo duelo, los niños de todas las escuelas públicas de la capital, en papeletas de invitación para los funerales, y en cuantos gastos ocasionara la numerosa concurrencia que quedó en la casa mortuoria, acompañando el sagrado y venerable cadáver. En aquel concurso se veían confundidos en un solo pensamiento personajes de los diferentes partidos políticos, ministros del altar, escritores distinguidos, médicos, abogados, comerciantes, periodistas y funcionarios de todos los ramos de la Administración, escribanos públicos, procuradores judiciales, artesanos, agricultores, proletarios, todos unidos en íntimo y fraternal consorcio, como imagen elocuente de lo espontáneo de aquella manifestación. El Comité de discípulos prometió entonces publicar una *Corona Fúnebre* en honor del *maestro*, tan pronto como pudieran allegarse los materiales necesarios, y erigirle más tarde un mausoleo que perpetuase materialmente su memoria, de todos modos imperecedera.

Dispuesto todo para el entierro, la procesión fúnebre, siguiendo el orden fijado en el prospecto que se hizo circular anticipadamente, se puso en marcha hacia el lugar del eterno descanso. Un lujoso carro severamente enlutado, seguía tras el féretro, que era llevado en hombros por sus discípulos, alternándose éstos de trecho en trecho. El señor Presidente de la República, algunos de los señores Ministros de Estado y otros altos personajes, llevaban los cabos de las cintas que pendían del sarcófago. La Municipalidad, presidida por el Prefecto del Departamento, el Cuerpo Militar, el Club Social, la Sociedad Familiar, la Sociedad de Artesanos y la Junta de Padres de Familia, concurren en cuerpo. Los alumnos de las escuelas de la ciudad, con sus insignias de luto, imprimían un tinte conmovedor a aquel imponente cuadro. El clero, en considerable número, y con todo el ceremonial que era

de rigor en este caso, entonaba los cantos funerales y las preces religiosas del ritual. Y a los acordes tristemente conmovedores de una marcha fúnebre, que dejaba oír la banda de los Supremos Poderes, caminaba lenta y silenciosamente el triste y melancólico convoy.

No hay memoria en Managua de otro entierro semejante. Aquello era la manifestación espontánea del dolor que conmovía a todo un pueblo. Marchaba el cortejo fúnebre en número que no bajaba de tres mil almas. A manera de batidores, nombrados por la *Junta de Discípulos*, caminaban algunos ciudadanos a la cabeza de la procesión, abriendo calle y suplicando el silencio a la multitud que se agrupaba en las aceras y avenidas de la larga y siempre concurrida carrera que siguió el entierro. Por cada boca-calle del tránsito aflucía en oleadas la muchedumbre. Y no llevaba allí seguramente la simple curiosidad del espectáculo, cuya majestad se presentía, sino el deseo vehemente de tomar parte en la manifestación del duelo tan generalmente sentido. En todos los rostros se veía retratada, al par que una expectación ansiosa del que espera algo grande y severo, las señales de una consternación y de una angustia verdadera.

El imponente espectáculo tenía en su misma grandeza mucho de consolador.

La muerte del maestro, más que muerte, semejava resurrección gloriosa. Era algo así como ocaso del sol, que si bien produce momentáneamente las sombras de la noche, ha de alzarse majestuoso y resplandeciente en el levante de un nuevo día.

Todas las hipérboles y las metáforas de la Retórica, ceden ante la realidad de los hechos. Traducida en estas líneas el sentimiento universal, la trascendencia y solemnidad de la manifestación unánime y espontánea, con que todo un pueblo tributó entonces a uno de sus hijos predilectos, el último y más elocuente de sus homenajes, sería, sobre pretensioso, imposible.

Concluamos, pues, esta pálida reseña. De trecho en trecho, y en medio de ese pavoroso a la vez que imponente silencio, con que la multitud asiste a las catástrofes consumadas, se detenía el cortejo, y eran leídos por sus autores los diversos discursos, preparados de antemano con el objeto de aumentar, a ser posible, con la voz viva del sentimiento, la solemnidad del acto. Las cariñosas expresiones y las frases justicieras en que esos discursos abundan, caían sobre el sagrado cadáver como coronas tejidas con suspiros y unguidas con besos y lágrimas en el adiós de la eterna despedida!

Y acompañado siempre por la concurrencia selecta y tristemente silenciosa, que era engrosada a cada paso en las calles del tránsito, por el confuso tropel de la muchedumbre del pueblo, en aglomeración inmensa, abigarrada, heterogénea, de personas de todas clases y sexos, como demostración inconclusa de la excepcional popularidad de que gozaba el apóstol de la enseñanza, llegó por fin el imponente entierro al término de su jornada, tres horas después de haber franqueado la puerta del triste y desolado hogar.

Las venerandas reliquias del maestro volvieron en aquel momento al seno de la madre tierra. Su discípulo don Esteban Escobar, dirigióle el último conmovedor adiós. Y en la misma fosa se unieron entonces,

para no separarse nunca jamás, los dos hermanos queridos —Gabriel y Félix Morales— que juntos vivieron en comunión misteriosa de trabajos y de anhelos, de nobleza y de bondad: dos hombres honrados, dos ciudadanos útiles, dos modelos que imitar, en estos calamitosos tiempos en que el valor civil decae, las pasiones espúrias crecen y la dignidad se esconde. El uno, con sus recurios, enjugando ajenas lágrimas, dulcificando amarguras y haciendo irradiar el sol de la caridad en los antros del dolor, el otro, con su abengación, luchando por la humanidad en una batalla de cincuenta años, y llevando la luz de la inteligencia a los oscuros dominios de la ignorancia. Los dos, columnas firmísimas de su hogar, joyas modestas de la sociedad, servidores humildes de la patria. Sobre la piedra que cubre el común sepulcro donde la gratitud de un pueblo ha de levantar mañana dos hermosos monumentos, hoy se alza majestuoso el ángel de la justicia, con los ojos cubiertos por la impenetrable venda, y la balanza al fiel en una mano.

Oh! inolvidables hermanos, dormid ya y descansad! Que si luchando en la buena lid, solo conseguisteis quebrantar vuestro espíritu gastado y deshecho antes que vuestro pecho robusto exhalara el último aliento, no habeis luchado en vano para vuestra patria, a quien legáis nobilísimo ejemplo y dechado de consagración generosa, ni sin gloria para vuestro nombre!

Los que conocieron todo vuestro valor, y apreciaron vuestros esfuerzos por la causa a que seváis, la tierra que os contaba entre sus hijos más queridos, nunca os negarán premio que no obtuvisteis viviendo!

## VII

*Gabriel Morales*, pues, no fue más que un maestro de escuela, es decir, un mártir sin circo.

Después de 69 años de una vida consagrada toda al bien, envió su tarjeta a la posteridad, sencilla y modestamente, sin alardes febriles ni inquietantes sonrojos.

La popularidad que a su nombre se aune, lo dorará con una luz de idilio, pura e inmarcesible. Mientras llega, somos justos con él, dándole una sepultura literaria, escogida, delicada, *una brevis*, una urna elegante, adecuada a su modestia, y en la cual pueda grabarse, como emblema, un libro abierto.

Hoy que venimos de rodillas a deshojar flores sobre su tumba, no necesitamos agitar el incensario ni remover la tierra. La materia inerte pertenece a la materia en actividad. Los que ya no existen, tienen derecho a ser venerados, nada aleja más a los que mueren, que la muerte, nada los acerca tanto como la inmortalidad.

La vida es un organismo que se destruye: el nombre es una cifra que permanece, que se trasmite, ya sea girando en el recinto del hogar, ya en las esferas dilatadas de la Historia.

Para los científicos —que es una de las formas del materialismo— el más allá *corporal* es simplemente una modificación del molde primitivo, la cesación de la vida es el aniquilamiento del espíritu. El individuo queda reducido a un sencillo caso de observación: el anatómico estudia las vísceras y pretende sorprender los fe-

nómenos después . abandona aquellos pobres restos, que a su vez alimentan otros organismos menos complicados y más rudimentarios La fosa recibe los despojos, y unas paletadas de tierra cubren el agujero Si ese difunto no tuvo historia ni poseyó virtudes, ni realizó empresas humanitarias, fenece su recuerdo en la tumba Podrán levantársele sepulcros marmóreos y blanqueados, pero su vida externa, la manifestación tangible intelectual, morirá con él en su sepultura Se podrá decir entonces lo de Becquer

*"Dios mío ¡qué solos  
Se quedan los muertos!"*

Las sociedades modernas y los hombres nacidos en el seno de ellas, intentan no solamente la prolongación de la vida por medio de la ciencia, sino la perpetuidad del recuerdo por medio de la Historia es aquella una exigencia moderna, es ésta una necesidad filosófica

La vida civilizada y culta es muy breve la aspiración individual es muy grande El refinamiento personal trae consigo el enervamiento colectivo una sociedad que avanza, es una sociedad que se prostituye Por eso al conmemorar la muerte, debemos celebrar la vida pero no la vida brutal y estúpida de Epicúreo, que se desarrolla en el estómago y no alcanza el cerebro, sino la vida del apóstol, la vida del idealista, la vida del repúblico, la vida del ciudadano

Con los huesos se hacen instrumentos necesarios a los usos domésticos, con las ideas se hacen revoluciones, y se domestican las revoluciones y los revolucionarios

El hombre útil deja tras de sí una huella el que no fue útil, apenas deja una inmundicia El uno es disputado por los gusanos; pertenece el otro a la inmortalidad

El ciprés que da sombra a la tumba, la viuda o

madre que llora, la capilla ardiente que centellea, la plegaria que gime y el epitafio que habla, todas esas formas del sentimiento póstumo, no pueden perpetuar la memoria del que desaparece La flor de los cementerios se marchita la flor de los pensamientos nunca muere No vivimos ya del pasado, vivimos del porvenir somos excépticos, porque somos más civilizados

Entremos en el cementerio, hollemos la necrópolis, fría como un hogar sin mujer, triste como una noche sin luz, tenebrosa como una esperanza muerta Allí se distingue el sepulcro solitario de *Gabriel Morales*. ¿Dónde están las flores y los laureles, no marchitados jamás, que testifiquen el amor y la gratitud de un pueblo?

*¡Maestro! Nosotros te saludamos!*

No hay mármoles en tu sepulcro, pero las lágrimas que por tí se han derramado, serían bastantes para volverte a la vida, si con algo pudieran abrirse las puertas de la eternidad

Dejaste el germen de una idea, la personificación de un principio, la redención en el futuro de un pasado de lágrimas

Es tu sepulcro un santuario, tu recuerdo un altar, tu pasado un porvenir

Deja que la indiferencia de hoy vele tu losa mortuoria, donde vienen a gemir melancólicas las destempladas brisas de la tarde La posteridad severa te hará la justicia que otros, acaso, te nieguen porque tú tienes derecho al más grande de los apoteosis

No es tu sombra la sombra virgiliana coronada de mirtos y visitando el Infierno los fulgores que proyecta tu silueta modestísima son más intensos que los de la estatua de Bertholdi

Has creado una generación luego no has muerto!

Managua, Marzo de 1889.

## APENDICE

### ADVERTENCIA

Insertamos a continuación las "Lecciones de Moral Práctica" y de "Derecho Público", a que nos hemos referido

Es evidente que estas últimas lecciones las extrajo el *maestro* de la "Cartilla del ciudadano", entonces muy poco conocida, del eminente centroamericano Dr. don Pedro Molina, pero las que comprende aquellas otras de "Moral Práctica", casi podríase asegurar que fueron originales suyas, puesto que, después de trans-

currido tanto tiempo desde que las utilizó él, no hemos encontrado en obra antigua o moderna nada que se les asemeje

Advertimos nuevamente, que no entra en nuestro propósito más que indicar de una manera evidente, con la inserción de estas lecciones, originales o no de nuestro inolvidable *maestro*, el espíritu generoso que en su misión le animaba.

D. F. O.

### MORAL PRACTICA

#### LECCION 1ª

*Sobre la existencia de un Dios*

Pregunto—Estamos ciertos y seguros de que hay Dios?

Señor—Esta es una verdad tan cierta y evidente, que es necesario ser insensato para negarla o dudar de ella de tal suerte, que cuando el hombre llega a tal exceso de locura que dice no hay Dios, tiene el enten-

dimiento preocupado y su depravado corazón le despeña luego a decir no hay Dios, pero por más que quiera su malicia ensordecerse a esta verdad, la tiene por otra parte tan vivamente impresa en el entendimiento, que le es como imposible borrarla enteramente, y así no hay pueblo ni nación alguna que no haya reconocido la existencia de un Dios, ni hombre alguno que en los peligros no se vuelva a Dios, como para invocar su auxilio por un sentimiento natural

## LECCION 2ª

Pregunto—Quién es Dios?

—Señor—Dios es quien es no podemos explicarnos con palabras más propias, para formar idea de Dios y de su naturaleza y así Dios es un ser independiente, que vive por sí solo y existe absolutamente por sí mismo, distinguiéndose de cualquiera otro ser criado, pues es infinito, porque no tiene término ni límites es un espíritu purísimo que no tiene cuerpo, figura ni color, ni puede ser percibido por nuestros sentidos, pero sí lo vemos con los ojos de la fe o del alma es un Señor cuyo poder, sabiduría y bondad, no es posible explicar, porque es la cosa más excelente y admirable que se puede decir ni pensar es un Señor infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente justo Eterno que no tiene principio ni fin, porque es, ha sido y será siempre inmenso, porque todo lo ocupa y todo lo llena inmutable porque no está sujeto a mudanza es un ser simplísimo que no está compuesto de parte alguna, pues excluye de su naturaleza toda mezcla o composición

## LECCION 8ª

### *Del misterio de la Eucaristía*

Pregunto—Qué es lo que creemos en el augusto Sacramento de la Eucaristía?

Señor—Lo que creemos en el augusto Sacramento de la Eucaristía es que está nuestro Señor Jesucristo en cuerpo y alma, así como está en el cielo y tanto está en la hostia como en el cáliz y en cualquiera partícula

También creemos que luego que el sacerdote dice las palabras de la consagración, se pone el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo bajo las especies

de pan y vino en ellas estaba antes también, pero eso solo era en cuanto Dios, mas al decir dichas palabras, se pone en cuanto hombre real y verdaderamente

También creemos que en la hostia está el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo y por compañía su sangre, alma y divinidad, y en el cáliz su sangre, cuerpo, alma y divinidad, porque no puede haber cuerpo sin sangre, ni sangre sin cuerpo, y así, tanto está en la hostia como en el cáliz y en cualquiera partícula

Asimismo creemos que aunque se corten o se dividen las especies en infinidad de partes, no se parte el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, pero como esto no alcanza nuestra capacidad a comprenderlo, pondremos un ejemplo muy claro que no lo podremos negar y es sabemos que el alma está esparcida por todo el cuerpo del hombre, y en cualquiera parte del cuerpo y tan entera en lo grande como en lo mínimo, y no porque se corte un brazo se divide el alma, pues así nuestro Señor Jesucristo no porque se corten o se dividan las especies, su cuerpo y sangre está tan entero como antes en la hostia o forma y en muchas partículas

Pregunto—Qué quiere decir Eucaristía?

Señor—Eucaristía quiere decir buena gracia o acción de gracia

Pregunto—Y qué otros nombres tiene ese Sacramento?

—Señor—Tiene varios nombres se llama comunión, lo mismo que unión común, porque se unen los fieles a recibir el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo se llama congregación, porque se congregan los fieles al mismo efecto se llama Sacramento del altar, porque en él se celebra el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo se llama viático, porque se da a los enfermos se llama Sacramento de la Cena, porque la instituyó el Señor la noche de la Cena se llama el Sacramento del pan y el vino, porque en estas especies se consagra el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo

Pregunto—Qué efectos produce en nuestra alma la sagrada comunión?

Señor—Los efectos que produce en nuestra alma la sagrada comunión son unirnos íntimamente con Cristo, debilitar nuestra concupiscencia, aumentar en nosotros la gracia, el amor de Dios y del prójimo y, finalmente, es para nosotros una prenda de la vida eterna

## DERECHO PUBLICO

### LECCION 15

#### *De las obligaciones de los ciudadanos hacia la sociedad*

Pregunto—Qué obligaciones tiene el ciudadano

hacia la sociedad?

Señor—Ya se ha dicho arriba, que las obligaciones del ciudadano hacia la sociedad, según el artículo

12 de la Constitución, son obedecer a la ley y respetar a aquellos que son sus órganos, defender a la patria con las armas cuando sean llamados por la ley, y en una palabra, ninguno puede ser buen ciudadano, si no es buen padre, buen esposo, buen hijo y buen amigo. Y ninguno puede ser hombre de bien, si no es espontáneamente religioso observador de las leyes

## LECCION 17

### *De la Libertad Civil*

Pregunto—Cuándo se goza de la libertad civil?

Señor—Cuando se existe bajo leyes justas que solo manden o prohiban lo que sea conducente a la felicidad común —¿Es necesaria la libertad? Sí, y en tanto grado, cuanto que sobre ella descansa la moral pública y privada, todas las artes, talentos naturales de la vida, y sin ella los hombres no tendrían reposo, confianza, dignidad ni dicha alguna. ¿Qué vicios se oponen a la libertad? La ignorancia, el egoísmo, el desprecio de los medios de defensa, la indiferencia en las calamidades públicas y la insensibilidad en la opresión de alguno o algunos ciudadanos, todo lo cual da lugar a la arbitrariedad que es contraria a la libertad porque 1º Amenaza continuamente a toda clase de seguridad 2º Destruye la moral, la cual no puede existir sin seguridad 3º Es el enemigo de todos los vínculos domésticos, cuya sanción es la esperanza fundada de vivir los individuos de una familia y de gozar de libertad en asilo que es la justa garantía de los ciudadanos 4º Es contraria a todas las transacciones en que se funda la prosperidad de los pueblos, hace vacilar el crédito y aniquila el comercio 5º Es incompatible con la existencia del Gobierno cuyas bases minan alterando los justos límites que se le habían impuesto 6º Es igualmente peligroso para un Gobierno, porque precipitando su marcha le da el de la fuerza y le quita la seguridad 7º En fin, no presta ningún auxilio al Gobierno con respecto a su seguridad, porque cuando procede por medios arbitrarios, sus enemigos pueden emplear contra él las mismas armas en razón de que la arbitrariedad es baja sin límites, y no como la ley que es precisa y formal. ¿Qué es lo que preserva de la arbitrariedad? 1º La observancia de las fórmulas que las divinidades tutelares de las asociaciones humanas, las únicas protectoras de la inocencia y las que mantienen por sí las relaciones de los hombres entre sí 2º La inviolabilidad de la morada

y de la correspondencia de los ciudadanos, que deben sancionar la ley del modo más completo 3º La respetabilidad de los agentes 4º El juicio por jurados 5º La libertad de la prensa 6º Una milicia compuesta de soldados ciudadanos. ¿No se dice que la libertad es quimérica? Si, tanto Gobierno despótico cría una clase de enemigos encarnizados, que contrarían las verdades más claras y desacreditan las mejores instituciones, pero la verdadera quimera es que el hombre cuando ha sido degradado por la servidumbre, pueda vivir contento siempre que contrariando sus sentimientos más naturales, se le prohíba hacer lo que no perjudica al bien común o se le obligue a obrar contra este mismo bien, que debe ser la única medida de las operaciones de un Gobierno injusto. ¿Cuál es la razón aparente de que se valen para atacar a la libertad? Los desórdenes que se cometen bajo este nombre sacrosanto, porque así como el despotismo ha abusado de los nombres más sagrados, así la inmoralidad ha abusado también de los nombres de las mejores instituciones, pero la libertad no consiste en hacer lo que se quiere, si no en querer hacer y poder hacer todo lo que no sea perjudicial, y la constante experiencia que tenemos de que los pueblos que gozan de ella son los más felices de la tierra. Esta es la mejor respuesta que podemos dar a sus calumniadores

## LECCION 18

### *De la propiedad*

Pregunto—Qué viene a ser el derecho de propiedad?

Señor—El que todo hombre tiene de gozar y disponer a su arbitrio del producto de su industria y trabajo y de todos los demás bienes que posea o pueda adquirir legítimamente. ¿No sería mejor que los bienes fuesen comunes? No, señor, porque sin propiedad la especie humana estaría estacionada y en un estado de salvaje, teniendo cada uno sobre sí la carga de proveer por sí a todas las necesidades, dividiría sus fuerzas para atender con ellas y agobiado del peso de estos cuidados, no avanzaría jamás un paso, y en fin, faltaría la división del trabajo, que es la base de todas las artes y de todas las ciencias. Según esto, ¿debe ser libre la industria? Sí, porque entonces no tendría la sociedad más acción sobre sus individuos que el evitar se le perjudicase